

Algo parecido a lo que causaba mi turbación pasaba probablemente por su espíritu, pues, aunque la pregunta era muy vaga, él respondió directamente a mi pensamiento.

—Sí—me dijo;—ayer has obtenido un éxito inmenso. Esta mañana he recorrido la ciudad en busca de noticias referentes a ti, y sólo he dado con mujeres enfurecidas. Se dice que tres duquesas están enfermas de celos; súrrase que otras, viendo al Rey acompañarte a un sillón, y al príncipe de Gales platicar contigo, estuvieron a punto de desmayarse o de ser acometidas de un ataque de hidrofobia. Vengo de bosquejar el retrato de lady Craven, que es una inglesa de buena cepa y que recientemente ha conseguido el divorcio, después de catorce años de unión con lord Craven; se encontraba allí, y ha reído con ganas viendo el semblante que te ponían. Le he indicado que esperaba encontrarte en mi casa, y me ha dicho sencillamente: «Preséntele usted mis respetos, y dígame que es la mujer más hermosa que he conocido.»

Cogí la mano de Rowmney y la estreché con todas mis fuerzas. Tenía ganas de arrojarle a su cuello. Acababa de infiltrarme, hasta lo más profundo de mi ser, el sentimiento divino de la venganza cumplida.

Al otro día todos los diarios hablaban del baile de la Corte; algunos eludían el hablar de mí; pero ¡bah!, mi causa estaba ganada ante la reina de Nápoles.

Al cabo de siete días, mi retrato quedaba terminado; pero, como debido a los accesorios orientales de que Rowmney lo había rodeado, antes parecía un cuadro que un retrato, sir Guillermo, celebrando de todos modos el talento desplegado por el artista, pidió a éste que hiciese un segundo retrato tan desprovisto de adornos como sobrecargado de ellos resultaba el primero.

Rowmney no deseaba otra cosa; demostraba tanto placer en trabajar teniendo por modelo a mí, que bien hubiese querido no servirse nunca más de otro distinto.

El mismo día que terminó el primer

retrato, empezó el segundo. Este era de una verdadera simplicidad griega.

Estaba de frente, la cabeza descubierta y un poco inclinada sobre el hombro derecho; mis largos cabellos, sueltos y flotantes, caían sobre mi pecho, medio velado por una túnica de muselina; un manto de cachemir encarnado caía sobre mis hombros; la única alhaja era un cinturón de oro labrado al estilo árabe, conteniendo un camafeo con el retrato de sir Guillermo Hamilton.

Este segundo retrato, que, a mi ver, superaba al primero, fué pintado en cinco días; es el mismo que sir Guillermo regaló a lord Nelson, quien lo conservaba en su camarote del *Foudroyant*, y volvió a poder mío a la muerte del almirante; es el mismo que, formando juego con el de Nelson, se ostenta en la miserable choza donde escribo estas *Memorias*. En mis días de miseria me han ofrecido hasta doce mil francos por ambos retratos, pero nunca he querido desprenderme de ellos, que reservo para doté de mi Horacia.

Durante nuestra estancia en Londres, sir Guillermo dió algunas reuniones, a las cuales invitó a la burguesía de la capital. Algunas gazmoñas no se dignaron honrarlas con su presencia, pero no dejó de concurrir ninguna joven de la aristocracia. Sir Guillermo quiso que en dos de esas tertulias fuesen representadas varias escenas de carácter: en una de ellas recité el monólogo de Julieta; en la otra, imité y canté la Nina.

Aquella noche produjo un verdadero entusiasmo. Rowmney, singularmente, estaba fuera de sí.

Un día después escribía a uno de sus amigos lo que sigue:

«Creo haberle dicho en mi carta anterior que iba a comer en casa de lord Hamilton. Varios individuos de nuestra sociedad más distinguida se habían reunido para oír cantar a lady Hamilton. En lo serio como en lo cómico, por su gracia y por su talento, despertó la admiración de todos; pero su Nina superó a todo lo que se puede ver, y creo que no es posible igualarla. Toda la concurrencia estaba suspensa; tan

espontánea, terrible y patética es su interpretación.»

Mis dos retratos fueron embalados con el mayor cuidado, y sir Guillermo, no queriendo separarse de lo que él llamaba *su tesoro*, se arregló de manera que saliesen con nosotros.

Salimos de Londres el 20 de abril. Sir Guillermo tuvo el capricho de pasar por París. Inglaterra, que pronto iba a entrar en guerra cruel con Francia, estaba aún en paz con ella; nada, pues, se oponía a que sir Guillermo satisficiera su deseo.

Llegamos el 26, a tiempo de presenciarse un motín, que se desarrolló en el arrabal de San Antonio.

Sir Guillermo había procurado asistir a la apertura de los Estados generales, que debía tener lugar el 27. A nuestra llegada supimos que había sido diferida para el 4 de mayo.

En vez de la apertura de los Estados generales, tuvimos el incendio y el saqueo de los almacenes de Reveillon.

Sir Guillermo obtuvo permiso para visitar la Bastilla, el cual aprovechamos al otro día.

A medida que nos acercábamos a la Bastilla, la multitud se hacía más compacta; creíamos no poder llegar a la puerta de la fortaleza.

Llegamos, al fin, no sin haber sido blanco de insultos y rechiflas. El pueblo francés me pareció muy cambiado desde la época en que lo vi por primera vez.

M. de Launay, advertido de que el embajador de Inglaterra y su mujer visitarían la Bastilla, nos esperaba para hacernos personalmente los honores.

Empezó por preguntarnos si queríamos ver los prisioneros, a lo menos los que le estaba permitido mostrar.

Pregunté si me sería dable librar a algunos de ellos.

M. de Launay me respondió que su galantería no podía llegar a tal extremo.

—Entonces—le dije,—ya que no puedo hacer nada en su obsequio, prefiero no verlos.

—¿Qué desea, pues, ver usted?

—París desde lo alto de las torres.

Era muy fácil. M. de Launay tomó

la delantera, sombrero en mano, resistiéndose a cubrirse a pesar de mis instancias reiteradas.

Me preguntaba cómo un gentilhombre tan cortés podía ser tan severo con los prisioneros puestos bajo su custodia.

Contábanse de él cosas increíbles. Todos los empleos de la Bastilla dependían de su autoridad. Con sesenta mil libras de sueldo, encontraba el medio de hacerse ciento veinte mil. El vino, los víveres, la madera eran las principales fuentes de sus beneficios. El terrado de un baluarte se había convertido en jardín donde pasaban los prisioneros. Hasta con el jardín comenció, arrendándolo por cien francos al año.

Ya en lo alto de las torres, descubrí nuestra mirada todo el bulevar del Temple, el Jardín del Rey, Vincennes, los Inválidos.

En aquellas alturas pudimos apreciar cuán numerosa era la multitud a través de la cual habíamos pasado.

La masa popular se corría hacia el arrabal de San Antonio. Parecía muy excitada, y algunos hombres, al pasar, amenazaban con el puño a la Bastilla.

Esas manifestaciones hacían reír a M. de Launay.

Le pregunté el motivo de aquellos clamores.

Respondíome que el pueblo de París, en el vértigo de sus pasiones, quería perecer de hambre. El papelerero Réveillon, uno de esos aristócratas del comercio, que forman lo peor de la aristocracia, había dicho que el obrero ganaba demasiado, y que era necesario rebajar los jornales a quince sueldos; se aseguraba que iba a ser condecorado con el cordón negro de San Miguel, con lo cual la Corte se atraía un nuevo elector realista.

Toda aquella multitud se encaminaba hacia sus almacenes, profiriendo gritos de muerte contra el papelerero, quien no pudo ser habido por haberse ocultado.

En un instante hicieron un muñeco de paja; un ropavejero proporcionó un traje viejo, con el que fué vestido el maniquí; echáronle después un cordón

negro al cuello, lo colgaron al extremo de un palo, y en esta disposición lo pasearon por las calles de París.

La comitiva pasó por delante de la Bastilla para ir a quemar el monigote en la plaza del Hôtel-de-Ville; y al pasar, algunos, que parecían los directores del movimiento, anunciaron que al otro día volverían y pondrían fuego a la casa.

—Si ustedes quieren presenciarlo—nos dijo galantemente M. de Launay,—vuelvan mañana a la misma hora. Paréceme que será cosa digna de verse.

—Pero—advertí yo,—desde el momento en que esa gente anuncia sus intenciones, la policía tomará sus medidas y las desbaratará.

—¡Oh! milady—replicó M. de Launay, riendo,—se conoce que cree usted estar aún en Inglaterra, donde un oficial de policía, con sólo tocar con el bastón al jefe del motín, dispersa una reunión de cien mil hombres. Desengáñese usted, milady; estamos en Francia, y en Francia, cuando el pueblo empieza a hacer de las suyas, no se detiene fácilmente. Háganme ustedes el honor de venir mañana a almorzar conmigo; pondré un centinela en las torres para que nos avise cuando el espectáculo comience, y, para postre, les prometo alguna escena dramática, de esas que no son corrientes ni se ven a diario.

Miré a sir Guillermo, que leyó en mis ojos el deseo de ser testigo de los acontecimientos del día siguiente; y, como mis deseos eran los suyos:

—Señor—dijo,—salvo el almuerzo, aceptamos milady y yo el ofrecimiento que usted nos hace.

M. de Launay se inclinó.

—Hay un inconveniente, señor—objetó:—los dos ofrecimientos van juntos y no pueden separarse. Se me ofrece una ocasión de sentar a mi mesa a uno de los primeros sabios del mundo y a la más hermosa mujer de Inglaterra, y no voy a dejar escapar esa ocasión.

Yo estaba asombrada y al mismo tiempo halagada de esta galantería francesa que brotaba, como flor natu-

ral, hasta en las piedras de una prisión.

—Pues bien, señor—respondí;—acepto en nombre mío y en el de mi marido, pero con una condición.

—Una condición impuesta por usted, milady, es aceptada de antemano, aunque fuese de entregarle las llaves de la Bastilla. Exponga usted esa condición.

—Que nos haga usted servir la comida ordinaria de los prisioneros, a fin de que algo me recuerde que almuerzo en una prisión.

—Será usted complacida, milady.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de gentilhombre.

Tendí la mano a M. de Launay.

—Ya sé que, cuando un francés habla en tales términos, preferiría hacerse matar antes que faltar a su palabra. Hasta mañana, señor.

Y nos despedimos del galante gobernador de la Bastilla.

XL

En espera del espectáculo prometido para el siguiente día, sir Guillermo me preguntó dónde deseaba pasar la noche. Dicho está que respondí: «En la Comedia Francesa.» El teatro era y fué siempre mi pasión dominante, y si, en tiempo de mi penuria, no se hubiese incendiado Drury-Lane, habría probablemente debutado en su escenario, y quizás habría llegado a ser rival de mistress Siddons, en vez de haberlo sido de Aspasia.

Ello hubiese, sin duda, sido mejor a la salud de mi alma y a la tranquilidad de mi conciencia.

Se representaba la *Bérénice* de Racine.

Sir Guillermo encargó un palco, pero se le dijo que no quedaba ya ninguno.

¡ Despachadas todas las localidades de un teatro en pleno período de asonadas populares y de hambre!

Aquello era increíble.

Preguntamos la causa de tanto público, y se nos dijo que un joven trágico que había debutado hacía solamente dos años y que alcanzaba grandes y merecidas ovaciones, representaba aquella noche el papel de Tito.

Pregunté su nombre: llamábase Francisco Talma.

Viéndome sir Guillermo tan apenada por este contratiempo, escribió en el acto a su colega el embajador de Inglaterra en la corte de Francia, preguntándole si por casualidad tenía palco de abono en la Comedia Francesa.

El Embajador, que tal vez no era casado, o si lo era tenía por esposa a una mujer que no sería aficionada al teatro, respondió que muy a su pesar no podía complacer a sir Guillermo por carecer de palco.

Estaba tan desesperada, que rogué a sir Guillermo que llamase al huésped para preguntarle si conocía algún medio de procurarnos localidades, cualesquiera que fuesen, en la Comedia.

—No conozco más que un recurso—nos dijo:—escribir al mismo Talma.

Sir Guillermo hizo un ademán negativo.

—Es un joven muy bien educado—repuso nuestro huésped;—que se comunica con la mejor sociedad de París, y es un excelente patriota. Si Su Señoría se digna darse a conocer, es seguro que M. Talma hará todos los posibles para complimentar sus deseos.

Sir Guillermo volvióse para mirarme, indeciso sobre lo que debía hacer. La suplicante expresión de mi rostro le trazó el camino.

—Sea, pues que tú lo quieres—dijo. Cogió la pluma y escribió:

«Sir Guillermo Hamilton, embajador de Su Majestad Británica, y lady Hamilton, su esposa, tienen el honor de ofrecer sus respetos a M. Talma y de expresarle el deseo que sienten de verle representar esta noche el papel de Tito. Todos sus empeños por conseguir un palco han resultado infructuo-

sos; así que, con riesgo de ser importunos, vense obligados a recurrir a él, para pedirle dos asientos, sean los que fueren, siempre que una lady pueda concurrir al espectáculo.

»27 de abril de 1789.»

—¿Se encargará usted de mandar esta carta a M. Talma?—preguntó sir Guillermo al huésped.

—Sí, por cierto; es la cosa más fácil del mundo.

—¿Y de enviarnos la contestación?

—Más que eso, milord—respondió el huésped.—Para mayor seguridad, yo mismo desempeñaré la comisión.

Y sin esperar más, se fué, llevándose la carta.

—En verdad—murmuró sir Guillermo, pesaroso,—hay que reconocer que el pueblo francés es muy culto. ¡Qué lástima que sea tan irreflexivo!

Sir Guillermo estaba lejos de sospechar que los franceses estuviesen tan cerca de corregirse de la cualidad que les encomiaba y del defecto que les reprochaba.

Al cabo de media hora, el huésped volvió, radiante de contento; traía un billete en la mano.

—¿Trae usted un palco?—le pregunté apenas le vi.

—Ya lo decía yo—exclamó, agitando al aire el billete;—helo aquí.

Me apoderé del billete, que contenía estas palabras manuscritas:

«Vale para mi palco.

»TALMA.»

Y debajo:

Entrada de artistas.

—Hay más—me dijo sir Guillermo.—Tito nos hace el honor de respondernos.

—¡Ah, veamos!

Y leí las siguientes líneas:

«El ciudadano Talma siente vivamente no poder ofrecer al ilustre sir Guillermo Hamilton y a milady Hamilton otra localidad que su propio palco,

situado en el escenario; pero lo ofrecí tal cual es, con la expresión de su gratitud por haberse dignado pensar en él.

»27 de abril de 1789.»

Era imposible encerrarse mejor en los límites de las conveniencias más absolutas.

Huelga decir que a las siete y media en punto estábamos en el teatro. Un portero nos esperaba; nos hizo atravesar el escenario y nos acompañó al palco.

Fácilmente se veía que aquel a quien pertenecía lo había preparado con todo el gusto de que es capaz un artista. Un gran espejo adornaba una de las paredes; los muebles estaban cubiertos de telas turcas bordadas en oro. Este palco me recordaba, en miniatura, el taller de Rowmney.

Estaba encantada de verme entre bastidores; eso me complacía diez veces más que si hubiese estado en la platea, o en el mismo palco real.

Esperé con impaciencia que se levantase el telón; pero, en espera de ese instante, disfruté de un espectáculo más curioso que el de la tragedia, desarrollado entre bastidores.

Todos los artistas hablaban de su compañero Talma, y se preguntaban qué extravagancia en el vestir se permitiría aquella noche. Llamaban *extravagancia* al trabajo lleno de saber al que Talma se entregaba para llevar el teatro a la verdad histórica. Por fin, se dió la señal; los actores se prepararon y se levantó el telón.

Al aparecer Tito, en la primera escena del segundo acto, lancé un grito de admiración. Me parecía que veía caminar una estatua romana.

La cabeza, sobre todo, era soberbia; los cabellos, cortados a la usanza antigua, la corona de laurel de oro ceñida a su frente, el manto de púrpura caído con negligencia sobre los hombros; todo eso imprimía un sello a la fisonomía del artista, que hacía retroceder al espectador diez y siete siglos atrás.

Todos los demás actores parecían máscaras.

El papel de Bérénice estaba a cargo,

si mal no recuerdo, de una joven y bella actriz llamada Vestris.

Cuando se presentó, en la cuarta escena del segundo acto, al encontrarse frente a Tito, hizo de pronto un movimiento de sorpresa, y a segundas reprimió un violento acceso de hilaridad. Tito iba desnudo de piernas y brazos, al paso que los otros llevaban calzones de seda.

Empezó a declamar su parte con gran entusiasmo. Luego que hubo dicho los primeros versos y que Tito responde, en vez de escuchar a éste, le miraba de arriba abajo.

—¡Por Dios, Talma!—murmuró la actriz,—¿no tiene usted peluca ni calzones?

—Querida amiga—le respondió Talma,—los romanos no los llevaban.

Me corrí al fondo del palco para reír a mis anchas en tanto que sir Guillermo, en su condición de anticuario, no cesaba de repetir:

—¡Tiene razón! ¡Bravo, joven, bravo! Tiene usted todo el aspecto a propósito para confundirle con una estatua de Pompeya o de Herculano.

El trágico se inclinó ligeramente en señal de agradecimiento.

—¿Quiénes son los que ocupan tu palco?—preguntó con desabrido acento madame Vestris, mientras representaba.

—Unos artistas ingleses—respondió Talma con una ligera sonrisa.

—¡Sí, señor Talma—repuse yo mientras aplaudía;—somos artistas, verdaderos artistas!

Mis aplausos se renovaron a la salida de Tito. Esta salida, llena a la vez de desorden, de amor y dignidad, era ejecutada admirablemente por el novel trágico.

Al caer el telón, después del acto segundo, estallaron grandes aplausos en la sala, acompañados de ¡bravos! Desde nuestro palco no podíamos ver lo que pasaba; pero algunos actores se acercaron al telón y miraron por el agujero abierto en él.

—¿Qué sucede?—preguntaban los otros que no podían ver la sala.

—¡Bueno!—respondió uno de los mirones;—¡no faltaba sino eso!

—¿Qué es ello?

—¡Cómo! ¿por ventura hay en la platea algún espectador sin calzones?—preguntó uno de los cómicos.

—No, pero hay en la orquesta un joven que, en el entreacto, ha ido probablemente a que le cortasen el cabello; está peinado a lo Tito, y es él a quien se aplaude.

Entre el segundo y tercer acto, el ejemplo fué imitado por tres o cuatro jóvenes. Al último acto, Talma tenía veinte imitadores en la sala.

Inútil es decir que de aquella noche arranca la moda de llevar los cabellos a estilo Tito.

Terminada la función, sir Guillermo Hamilton, adelantándose a mis deseos, mandó preguntar al *ciudadano* Talma si podíamos complimentarle en su camarín.

Nos contestó diciendo que lo consideraba un honor tan señalado, que no se habría atrevido a esperarlo, pero, que toda vez que se lo queríamos dispensar, lo aceptaba reconocido.

Nos dirigimos a su camarín.

Tito nos aguardaba a la puerta, para hacernos los honores. Nuestra sorpresa fué grande cuando, dirigiéndose a nosotros en excelente inglés, preguntó si Su Señoría quería o no guardar el incógnito.

Sir Guillermo respondió que no había ninguna razón para ocultar *el honor que se hacía a sí mismo* viniendo a dar las gracias a un gran artista y a ofrecerle sus respetos; y que, al contrario, deseaba ser presentado a la sociedad que se encontraba en el camarín, y que, a juzgar por las apariencias, debía de pertenecer a la clase intelectual.

Sir Guillermo no se engañaba. Talma nos presentó al poeta María-José Chénier, cuyo *Carlos IX* se disponía a representar de nuevo; al joven Arnault, autor de *Marius à Minturnes*, que el trágico iba a estudiar; a La Harpe, que le acosaba para que representase su *Vasa*; al pintor David, que le dibujaba sus trajes; al caballero Bertin, que cinco o seis años antes había publicado su libro de los *Amores*, y que se disponía a partir para Santo Domingo, donde

debían acabar sus días al año siguiente; a Parny, y, finalmente, cinco o seis jóvenes de ingenio y que estaban en vías de crearse una reputación.

Sir Guillermo tuvo su corte, y yo tuve la mía. Los poetas vinieron a mi lado, y los pintores se fueron al de mi esposo. A propósito de la indumentaria antigua, sir Guillermo se enzarzó en una erudita discusión con David y Talma, mientras yo ensalzaba los versos de Bertin y de Parny, que me correspondían elogiando mi belleza.

Sir Guillermo, siempre atento a mis triunfos, me procuraba uno más.

Invitó a Talma, rogándole que extendiese la invitación a todos sus amigos que se encontraban presentes, a que viniesen a pasar la velada del día siguiente en el Hotel de los Príncipes. Si Talma accedía a declamar versos de Corneille, de Racine y de Voltaire, lady Hamilton, por su parte, recitaría los de Shakespeare.

Todos fueron advertidos de que la velada terminaría con una cena.

Aceptada por unanimidad la invitación, nos retiramos.

Se recordará que a las diez de la mañana estábamos citados en la Bastilla, para almorzar en compañía del gobernador.

XLI

Agradecí a sir Guillermo Hamilton la agradable noche que me había proporcionado. El arte, al fin y al cabo, me parecía el elemento a que estaba yo destinada, y si, siguiendo mi vocación, hubiese podido entrar en un teatro, habría, fuera de toda duda, conquistado una reputación igual a la de *mademoiselle Champmeslé* o de *mistress Siddons*.

A la mañana del siguiente día llamé a dos costureras, a quienes encargué

dos vestidos, uno de Ofelia y otro de Julieta, con expresa condición de que por la noche, a las ocho, estuviesen confeccionados.

Ambas costureras me dieron palabra de que sería complacida en mis deseos.

A las nueve y media, sir Guillermo y yo nos dirigimos en coche a la Bastilla; pero, cuando llegamos al bulevar del Temple, el gentío era tan grande, que no pudimos avanzar. Tomamos por la calle del Temple y volvimos por el Arsenal. De ese lado, el camino estaba libre, por haberse concentrado el movimiento popular en el arrabal de San Antonio.

M. de Launay nos esperaba, y la mesa estaba preparada con mucho lujo. Nos invitó a almorzar sin perder tiempo, puesto que, según todas las probabilidades, el motín llegaría a su apogeo a eso del mediodía.

Viendo desde un principio la profusión de platos y lo exquisito de los vinos, acusamos a M. de Launay haber faltado a su palabra, por no servirnos la comida ordinaria de los prisioneros.

A lo cual replicó:

—Milady, usted me impuso condiciones, pero dentro de esas condiciones me dejó usted toda mi libertad de acción. Tenemos en la Bastilla prisioneros y prisioneros, desde los príncipes de la sangre a los libelistas. Ahora bien: para la manutención de un príncipe de la sangre, hay asignadas cincuenta libras diarias; para la de un mariscal de Francia, treinta y seis libras; para la de los generales y brigadieres, veinticuatro; quince para la de un consejero; diez para la de un juez ordinario; seis para la de un eclesiástico, y, finalmente, para la de un libelista, un escudo.

—¿Y qué?—le pregunté, no alcanzando a comprender a qué fin iba encaminada esta larga enumeración.

—Pues, que trato a ustedes como a príncipes de la sangre—respondió.—Tienen ustedes un almuerzo principesco; a eso se reduce todo.

—¿El almuerzo de M. de Beaufort?—pregunté.

—Te engañas, querida—me dijo sir Guillermo.—M. de Beaufort ha sido

encerrado, pero no en la Bastilla, sino en Vincennes; el que lo ha sido en la Bastilla es M. de Condé.

—¿Cómo! ¿aquí es donde M. de Condé cultivaba sus claveles? Si sobra uno, ¿me lo dará usted, señor gobernador?

—También en eso estás engañada—replicó sir Guillermo:—el que se había metido a jardinero, era Luis II, el gran Condé, y ése estuvo asimismo en Vincennes, salvo que no se admita que haber estado encerrado en la Bastilla equivale a haber nacido en ella.

—¡Enhorabuena!—exclamó M. de Launay,—he aquí un sabio inglés que es capaz de enseñarme la historia de mi fortaleza... ¡Ea! ¡un brindis por la torre de Londres! y que ello libre siempre a los reyes de Inglaterra de sus enemigos, como la Bastilla libra al rey de Francia de los suyos. Puedo asegurar a Su Señoría que el duque de Clarence nunca se ha ahogado en un vino mejor que el que está usted bebiendo ahora.

Acabábamos de apurar nuestros vasos para hacer válidas las palabras de M. de Launay, cuando se nos anunció que si queríamos ver el motín en toda su magnitud, no debíamos perder un momento.

M. de Launay quería retenarnos a la mesa, diciéndonos que nos quedaba tiempo para todo; pero la curiosidad nos obligó a insistir, y subimos a la torre más inmediata al arrabal de San Antonio.

En efecto, desde aquella altura no podía ocultárenos ningún detalle, y vimos la espantosa escena en toda su repugnante desnudez.

—¡Cáspita!—dijo M. de Launay, tocando suavemente el hombro de sir Guillermo;—no solamente puedo mostrarles el saqueo del almacén de Réveillon, sino también al mismo Réveillon.

—¿Cómo es ello?

—Olvidaba decirles que ayer por la mañana, comprendiendo el grave peligro que corría, vino a pedirme hospitalidad, que le concedí. ¿Ven ustedes a ese hombrecillo de crespos cabellos que está gesticulando y que tanto in-

terés demuestra en lo que ocurre, que parece que va a arrojarse de las torres abajo de las murallas?

—¿Es él?

—El mismo.

Y, para que no lo dudásemos:

—¡Eh! señor Réveillon—dijo,—¿qué opina usted de lo que sucede por allá? Réveillon se estremeció.

—Opino, señor gobernador—respondió el cuitado,—que si la Corte no tuviese necesidad de un motín para ganar tiempo con respecto a los Estados generales, habría fácil y prontamente dado buena cuenta de esas turbas de pillastres. ¿No es una irrisión? ¡Los asaltantes de mi casa son en número de dos mil, y para contenerlos, M. de Bezenval opone treinta hombres! Y eso sin contar que el espectáculo divierte a cien mil espectadores, que excitan a los otros a proseguir su obra.

—¡Señor Réveillon, señor Réveillon!—dijo de Launay.—¡Cuidado! Parece-me que habla usted muy a la ligera del gobierno de Su Majestad, y podría muy bien suceder que se quedase usted en la Bastilla.

—¡Oh!—dijo Réveillon, que se exasperaba a la vista de sus muebles destrozados,—estoy bien tranquilo; la Bastilla no se construyó para hombres como yo, sino para los grandes; y véase, usted mismo, por ejemplo, si quisiese...

Se detuvo, indeciso.

—¿Qué?—preguntó riendo el gobernador.

—No tendría más que pronunciar una palabra, y me salvaría usted; de lo contrario, mañana seré reducido a la miseria.

—¿Y qué palabra es ésa?

—No tendría usted más que decir ¡fuego!, y uno de estos cañones haría muy pronto limpieza.

—Me parece—dijo sir Guillermo al gobernador—que este desgraciado no anda descaminado.

—Ciertamente—repuso M. de Launay,—tiene mucha razón; pero, yo tengo el mando de un castillo real, y no puedo hacer funcionar un cañón sin orden del Rey.

Entretanto, el saqueo continuaba; después del saqueo, vino el incendio.

El fuego empezó a salir por las ventanas. Entonces comparecieron algunas compañías de guardias franceses, e hicieron fuego; dos o tres revoltosos cayeron, pero los amotinados rechazaron a los soldados a pedradas. Busqué con la mirada a Réveillon; ya no estaba allí. Seguramente, no pudiendo presenciar el saqueo de su casa, se había retirado a algún aposento de la Bastilla.

En fin, al cabo de dos o tres horas, durante las cuales se dejó en completa libertad a los saqueadores e incendiarios, llegaron los suizos. Los amotinados pretendieron hacer con ellos lo que habían hecho con los guardias franceses; pero los suizos no eran de tan buena condición. Hicieron fuego de veras, y mataron unos veinte hombres, dispersando además a los amotinados y a los curiosos.

Después, penetraron en la casa incendiada, de donde sacaron algunos hombres que, en estado de embriaguez, fueron encontrados en las bodegas. Algunos de ellos, creyendo que era vino, habían bebido las drogas de la fábrica, y murieron envenenados.

Bien examinado, reconocí que una asonada no era cosa tan divertida como yo me figuraba. La que había empezado colgando un muñeco, terminaba con el saqueo e incendio de una casa, y con la muerte de cinco o seis soldados y de una veintena de hombres, que no por ser unos miserables, perdían su condición de tales.

Agradecemos a M. de Launay el habernos proporcionado el espectáculo del motín y el ofrecimiento del almuerzo; pero le declaramos que la vista de aquél nos impedía continuar el otro.

Dejamos, pues, a mitad la comida ordinaria de los príncipes de la sangre, que, por lo demás, era exquisita, y regresamos al hotel más fácilmente que a la venida.

Cuando, cuatro meses después, supimos en Nápoles la toma de la Bastilla y la muerte de M. de Launay, ambas noticias nos produjeron una impresión tanto más profunda cuanto que conocíamos la fortaleza y a su gobernador.

Cuando se ha visto la altura de las torres, el espesor de las murallas, la solidez de las puertas, uno se pregunta cómo es posible que un pueblo mal armado y mal dirigido, sin cañones ni máquinas de guerra, pueda tomar una fortaleza como la Bastilla.

La pregunta es planteada hace veinticinco años, y continúa sin respuesta.

Una vez en el hotel, no me ocupé más que de los preparativos de la noche. Dedicaba mucho cuidado para conseguir los plácemes de los hombres notables que debían venir. Temía únicamente que los acontecimientos del día no desbaratasen mis proyectos para la noche.

Pero, aun no conocía a los franceses, ese pueblo múltiple que encuentra tiempo para todo, que maneja, en un mismo día, con tanta indiferencia como habilidad, el fusil, el lápiz y la pluma; que, por la mañana, promueve una revuelta callejera, y por la noche cultiva el arte, demostrando alternativamente una ferocidad y una delicadeza que son patrimonio tan sólo de él.

A las ocho, recibía los dos trajes que había encargado a las costureras. La exactitud observada por nuestros invitados, que llegaron de nueve a nueve y media, me demostró que habían acogido con agrado la invitación.

Al principio, se habló de la nueva del día, de la asonada; vi asombrada que todos aquellos artistas, poetas y publicistas, si no achacaban toda la culpa a la Corte, participaban, a lo menos, del parecer del pobre Réveillon, en lo que se refería a la pasividad de las autoridades en atajar el movimiento.

El poeta Chénier y el pintor David fueron más lejos; sostenían que la revuelta había sido fomentada por las propias autoridades. Se esperaba que la multitud famélica, que los cincuenta mil obreros sin trabajo harían causa común con los revoltosos y se precipitarían al saqueo de las casas de los ricos. Entonces, todo cambiaría de cariz; la Corte tenía un excelente motivo para conceptrar un ejército sobre París y sobre Versalles, un admirable pretexto para aplazar los Estados; pe-

ro, contra todo cálculo, las masas se habían abstenido de tomar parte en el motín.

Hablaban con tanta convicción y el auditorio se mostraba tan inclinado a participar de su opinión, que yo no sabía qué pensar de todo ello. En cuanto a sir Guillermo, su reserva diplomática no le permitía ser abiertamente de esa parecer; pero noté que la dejaba traslucir sin combatirla con palabras ambiguas.

Mas, como la reunión no tenía un fin político, poco a poco se abandonó aquella conversación para pasar a la poesía y a la literatura. M. Talma era, conforme se nos había informado, un hombre de espíritu superior, y, en tanto que se preparaba para interpretar el *Hamlet* de Ducis, se lamentaba de haberse sacrificado tantas veces en aras del gusto francés.

Calculé que era llegado el momento de inclinar la balanza del lado de Shakespeare, y, sin decir palabra, me retiré a mi habitación. Cinco minutos me bastaron para vestirme de Ofelia; y la discusión, alimentada por sir Guillermo, que había adivinado mi intención, duraba todavía cuando, de repente, se abrió la puerta y de entre la obscuridad, hábilmente producida en la pieza inmediata, aparecí pálida y fija la mirada, como el espectro de Ofelia.

Un grito unánime resonó en el salón, y todos retrocedieron instintivamente para hacerme paso.

La locura de Ofelia y las escenas de Julieta constituían mi triunfo, según pude comprobarlo siempre que, en Londres, las había representado. En Francia, tenía a la vez una ventaja y un contra: la cosa era completamente nueva, y, por lo tanto, debía producir un efecto más hondo; pero, por otra parte, como muy pocas personas entendían el inglés, era preciso que con la fisonomía se lograra traducir la intención del poeta.

Afortunadamente, la espléndida escena de la locura de Ofelia no tenía necesidad de explicación; casi a cada verso me interrumpían los aplausos, los cuales, lejos de aumentar el efecto, lo aminoraban forzosamente.

El mismo Talma, adelantándose a mis deseos, suplicó que, cuando menos, me dejasen llenar, sin interrumpirme, los diferentes períodos que presenta la escena.

Le di gracias con un movimiento de cabeza, y, sin interrumpirme ni ser interrumpida, continué hasta el final de la primera escena.

Entonces estalló una verdadera tempestad de aplausos. Talma, pidiéndome que le disculpase la familiaridad, se adelantó hacia mí, diciendo que yo no era la embajadora de Inglaterra, sino mistress Siddons que viajaba de incógnito.

Y me besó la mano.

Quiero, de paso, hacer una manifestación: jamás ningún gran señor, príncipe o rey, al besarme la mano, me otorgó tanto honor como en aquel momento me proporcionó Talma.

Y sir Guillermo, artista como era, lo comprendió bien, porque, a su vez, cogió la mano de Talma y la estrechó con una efusión que participaba de gratitud.

Me retiré del salón entre aclamaciones y voces que me llamaban. Créase que la escena había terminado; pero Talma advirtió que faltaba aún la segunda mitad, que era la más pintoresca y la más dramática.

No quise dejar enfriar el entusiasmo de mis admiradores, y reaparecí al poco rato, sueltos los cabellos, coronada de amapolas y el velo cubierto de flores silvestres.

Ya en otra ocasión he hablado del efecto que producía en ese papel, y séame permitido que lo repita. Lo único que no me ha dejado remordimientos, son los triunfos, ese lado puro de mi vida, esa llama artística que me coronaba con su aureola.

¿Por qué Dios no permitió que yo viviese en el mundo de la inteligencia en vez de vivir en el mundo de las grandezas?

Inútil es decir que mi éxito, en la segunda parte, superó al de la primera. La cosa acabó con una verdadera disputa que Talma promovió al pobre Ducis por haber desfigurado el *Hamlet* de Shakespeare, al punto de no haberse

atrevido a introducir las dos escenas que yo acababa de representar. Ducis parecía amoldarse al pensamiento de Talma; pero me pareció que prefería dejar su *Hamlet* tal como estaba en vez de rehacerlo. Lo mismo que el abate Vertot, había tomado su partido.

—¡Bien se lo tengo dicho! ¡Bien se lo tengo dicho!—repetía Talma.—¡Con su afán rabioso de arreglarlo todo! Así me ha echado usted a perder mi monólogo y el famoso *To be or no to be*. ¿Quiere usted saber cómo era en inglés? Mire y escuche.

En el acto todo el mundo se apartó de él. Se llevó su mano a la cara para dar tiempo de transformar su fisonomía; luego, bajando suavemente la mano, en actitud meditabunda, empezó en inglés, con excelente acento, el famoso interrogatorio en el que la vida advierte a la muerte que ha llegado el momento de revelar su secreto.

Talma estuvo sublime. ¡Oh! si yo hubiese sido libre, si me hubiese sido permitido romper mi cadena dorada, con cuánto afán le habría dicho: «Acépteme usted, lléveme consigo a las alturas donde usted se cierne, y no me deje caer en la tierra sino apoyada sobre su corazón.»

—¡Ay de mí! Mi destino era otro. Perdóneme Dios si no supe elegir, o mejor, si no supe esperar.

¿Para qué hablar del resto de aquella velada de embriaguez? Después de veintidós años, su recuerdo brilla en la noche del pasado, más luminoso que mis días más hermosos.

Estuvimos reunidos hasta muy entrado el día, sin que a ninguno, desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana, se le ocurriese una sola vez saber la hora.

XLII

Dos días después, el 30 de abril, recibimos de la embajada de Inglaterra billetes para asistir a la apertura de

los Estados generales en Versalles. Nuestra partida había sido señalada para el día siguiente de esta ceremonia, o sea para el 5 de mayo.

Si la apertura se hubiese diferido, habríamos de todos modos continuado nuestro viaje, pues sir Guillermo no estaba dispuesto a prolongar por más tiempo su permanencia en París.

El 3 de mayo nos trasladamos a Versalles. El embajador de Inglaterra había alquilado una casa por un semestre, calculando que allí se manifestaría de un modo especial el espíritu de la nación, y nos cedió dos habitaciones en el primer piso de dicha casa, situada en el trayecto que debía seguir la comitiva.

Primeramente fuimos a oír la misa de Espíritu Santo en una tribuna. No sé si muchos de los concurrentes pensaron en estas palabras de la Escritura: «Vas a crear pueblos, y la faz de la tierra será renovada». Un poco antes de terminar el *Veni Creator*, nos retiramos para ir a ocupar nuestros sitios donde poder presenciar el paso de la procesión. Las amplias calles de Versalles, ocupadas en toda su extensión por guardias franceses y suizos, y adornadas con tapices de la Corona, no podían contener a la muchedumbre.

Todo París se encontraba en Versalles. Las puertas, las ventanas, los techos, los árboles, estaban atestados de espectadores; los balcones, cubiertos de telas brillantes, aparecían ocupados por mujeres llenas de plumas y de flores. Habríase dicho que al precipitarse en la arena de la guerra civil, las mujeres que iban a impugnar las leyes suntuarias de la igualdad, habían aprovechado esta ocasión para mostrarse una vez más en todo su esplendor.

Era evidente que se iniciaba algo extraordinario. ¿Cuál sería su resultado? Todos lo ignoraban aún.

Primero vimos que avanzaba una masa negruzca: era el Estado llano, las clases trabajadoras. Quinientos cincuenta diputados, entre los cuales había trescientos legisladores, abogados, magistrados, todos desconocidos, o casi todos, excepto uno, conocido por sus es-

cándalos, llamado Honorato Riquetti de Mirabeau.

Su nombre repercutía en Francia y en el extranjero: sus amores, sus raptos, sus adulterios, sus prisiones, formaban una novela más conmovedora, más animada y terrible que ninguna de las novelas soñadas por la imaginación de los poetas.

Mi única pregunta era ésta: «¿Dónde está Mirabeau?»

Alguien me lo señaló.

De lejos, vi, echada hacia atrás, aquella cabeza dominadora, de una fealdad imponente y que sacudía, con ademanes de león, una selva de cabellos. Era toda la sociedad de la época reunida en un hombre. Y digo en un hombre, porque, cerca de él, los demás parecían sombras.

Le seguí con la mirada hasta que le hube perdido de vista.

Su paso provocó una tempestad de bravos y aplausos, que cesó al aparecer la nobleza.

Todo lo contrario del Estado llano, que se distinguía por la sencillez y uniformidad de su vestir, la nobleza, vestida de seda y terciopelo, presentaba una variedad de los colores más vivos, realzados con los más suntuosos bordados.

Pregunté por los nombres de algunos de aquellos ilustres audaces. Ningún nombre me era conocido. Me mostraron a La Fayette, el héroe de América. Yo esperaba ver una de esas vigorosas naturalezas llamadas por la Providencia a sostener con la voz, con la pluma o con la espada, los grandes principios; vi a un joven delgado, pálido, rubio, que en nada descubría la importancia del papel que había desempeñado en lo pasado y sobre todo del que iba a desempeñar en el porvenir.

Desfiló la nobleza. El duque de Orleans fué el único a quien aplaudieron, y los aplausos estallaron frenéticos. Estas demostraciones eran obra de la venganza, porque se sabía que con ellas la Reina se sentía muy mortificada.

Hacia mucho tiempo que Felipe de Orleans y María Antonieta estaban en

guerra; se atribuían a esa hostilidad las causas más extrañas, y esa lucha, esa antipatía, que se remontaba a ocho o nueve años atrás, sólo debía extinguirse en el cadalso, donde subirían ambos con veintidós días de diferencia el uno de la otra.

El clero seguía a la nobleza. El mismo silencio. En el clero solamente parecían estar comprendidas las dos clases que acababan de pasar: pueblo y nobleza.

A su frente venían unos treinta prelados con roquete y hábito morado.

Después, un grupo de cantores, y a éstos, seguían unos doscientos curas vestidos de negro.

Instintivamente, el pueblo se acercaba a estos últimos, aunque no los aplaudía. Eran ellos el pueblo de la Iglesia, el pueblo que primitivamente tenía la representación popular y que hasta llegó a ser la salvaguardia de las libertades populares.

Más tarde, hubo de separarse de esta misión; pero se descaba ardientemente perdonarle su extravío, si volvía otra vez al buen camino.

El Rey, a su vez, obtuvo algunos aplausos; pero distaban mucho de ser como los prodigados a Mirabeau y al duque de Orleans.

Luego venía la Reina. Desde mi primer viaje a París, se había operado en ella un cambio terrible; la encantadora bondad de su semblante tenía ahora una expresión hosca, desagradable.

A sus oídos se repetía: «¡Viva el duque de Orleans!», y entre aquellas exclamaciones se oyó un silbido. La Reina palideció al extremo que parecía que iba a desvanecerse.

Pero, casi en el acto, recobrando su entereza, irguió la cabeza, dirigió en torno suyo una mirada de desafío, preñada de rencor y de iracundia, y tomó su actitud habitual, de desdén, y ceñuda.

Quando hubo pasado la Reina, me retiré de la ventana y fui a sentarme. Un frío glacial invadía mi corazón.

Descansamos breves momentos, y emprendimos el regreso a París.

En el camino, sir Guillermo me explicó la situación. Era una verdadera

lucha empeñada entre el bajo clero, entre el Estado llano y los prelados y la nobleza sostenida por el Rey.

Todas esas cuestiones eran harto serias para que mi espíritu se detuviese en ellas. Mi adversa estrella quiso inmiscuirme en la política de otro país; pero me arrastró a ello mi profunda amistad con la reina Carolina y mi amor irresistible a Nelson. Llegado el momento, ni la una ni el otro me servirán de pretexto, bien lo sé; pero prefiero, teniendo que rendir una cuenta tan terrible, rendirla invocando mi amor y mi adhesión, pero no el de mi personal interés.

Salimos de París al otro día, 5 de mayo de 1789. Pasamos por Bélgica y Suiza, atravesamos el San Gotardo, descendimos al lago Mayor, llegamos a Liorna en posta, donde nos esperaba la embarcación en que habíamos venido, y el 20 de mayo desembarcamos al pie de la *Inmacolatella*.

Al llegar a la Embajada, sir Guillermo encontró una esquila del Rey, concebida en estos términos:

«Al día siguiente de su llegada, mi querido sir Guillermo, le espero a comer con nosotros en el castillo de Caserta; pero la Reina, que desea entablar con su encantadora mujer un conocimiento más íntimo que lo es una presentación oficial, la esperará de once a doce.

»Dedíquese usted a sus asuntos hasta las cuatro, y envíenos a lady Hamilton, como la paloma del arca, para anunciarnos que ha puesto usted pie en tierra.

»Su afectísimo

»FERNANDO B.»

Sir Guillermo respondió:

«Sire:

»La paloma estará en el palacio de Vuestra Majestad a la hora señalada; pero no esperen que les lleve el ramo de olivo. Sospecho que el cultivo de este árbol no es posible en Francia, desde hace mucho tiempo.

»Por mi parte, me presentaré a la hora que me ha sido designada, para agradecer a Vuestra Majestad sus bondades para conmigo.

»Su respetuoso servidor,

»G. HAMILTON.»

Como se ve, mi triunfo era completo.

XLIII

Había traído de Francia un montón de vestidos. Estuve prepleja sobre la elección del que debía ponerme para presentarme a la Reina. Me resolví por el más sencillo.

Uno de satén blanco, una pluma blanca en los cabellos, un chal azul claro en los hombros: a eso se redujo todo el lujo que desplegué.

No es necesario decir con cuánta violencia me latía el corazón.

Abriéronse y se cerraron alternativamente tres o cuatro puertas; por fin, abrióse la última, y, sintiéndome presa de un desvanecimiento, oí decir al criado que me precedía:

—¡Lady Hamilton!

Entré sin ver nada; una nube obscurecía mis ojos; quise hacer una reverencia, me tambaleé y tuve necesidad de apoyarme en un sillón.

Sentí que me sostenían por la cintura.

—¿Qué tiene usted, milady? — me dijo una voz afectuosa.

—Perdón, señora — balbuceé; — la emoción que causa el honor tan deseado y tan esperado de encontrarme en presencia de Vuestra Majestad...

—¡Ah, Dios mío! ¿Conque, tan imponente soy?

—Es reina, señora.

—He aquí su error; soy mujer, y una mujer que busca una amiga. Esa

amiga, si usted me la trae, tendrá para mí un valor tal, que nunca podré retribuirlo. Esto supuesto, siéntese usted y deje que la mire a mi sabor.

Hice un movimiento para ocultar mi cabeza entre las manos.

—¿Quiere usted dejarme ver esta hermosa cara, que, hasta ahora, sólo he podido ver de sesgo y furtivamente?

Lancé dos o tres gritos ahogados, y rompí en llanto.

—¡Ah! — exclamó la Reina; — no la creía a usted tan insensata. Vamos a ver, ¿es preciso que yo dé satisfacciones?

—¡Oh! señora — murmuré.

—¡Coqueta! — dijo la Reina. — Al revés de las mujeres que llorando se ponen feas, sabe usted que las lágrimas aumentan su hermosura. Ea, aquí no hay más que una mujer; por lo tanto, es inútil hacer *la civetta*. Deje usted que le seque las lágrimas, y conversemos.

En efecto, la Reina quiso secarme los ojos; yo me arrojé a sus pies y le besé las manos.

—Eso es preferible — dijo la Reina, — y cuando haya impreso un ósculo en sus mejillas, estaremos en paz.

Así lo hizo, y añadió:

—¡Vaya! ahora no más niñadas, ¿no es así? Venga usted a mi lado, y sean nos buenas amigas... salvo que usted no lo quiera, en cuyo caso no sería mía la culpa.

No supe qué responder, y le sonreí con expresión de la más profunda gratitud.

—¡Enhorabuena! — dijo, jugando con mis cabellos; — no soy partidaria de los días que comienzan con lluvia.

—¡Oh, señora! — murmuré; — ¡quién hubiese podido decirme nunca que una gran Reina, que la augusta hija de María Teresa!...

—¡Chitón!... o antes bien, con respecto a lo de Reina, sé que usted ha visto a mi hermana en Versalles; en su última carta me escribe que todo va de mal en peor en Francia, que sufre mucho y que está completamente cambiada. ¿Qué hay de verdad en todo eso?

—¡Ay, señora! Hacía ocho años que no veía a la reina de Francia, y debo confesar que en este espacio de tiempo, parece haberse despedido de todo lo que supone belleza y felicidad.

—¡Y yo, que no la he visto hace diez y nueve años! ¿Qué sería si la viese?... ¡Pobre Antonieta!

—Sin embargo, no tiene más que treinta y tres años, y a esta edad aun puede uno llamarse joven — repliqué yo.

—No cuando se ciñe la corona de reina — respondió Carolina, frunciendo el ceño. — Por lo demás, si las cosas empeoran, será prudente tomar precauciones. Ahora, déjeme usted mirar su vestido. No puedo precisar si es usted la que realza el vestido, o si éste es el que realza a usted; pero, lo cierto es que viste usted con un gusto encantador. Mandaré que me hagan uno exactamente igual; tengo un chal azul como el suyo, y parecerá que somos hermanas.

—¡Oh! señora...

—Dicho está que usted será la menor. ¿Qué edad tiene usted? ¿Veintitrés años?

—Veintiocho cumplidos, señora.

—Su semblante tiene un defecto inapreciable, y consiste en mentir de un modo favorable a usted. Yo, al contrario, siempre he representado más edad de la verdadera... Queda convenido que mañana me enviará usted su vestido, para que yo mande confeccionar desde luego otro igual... ¡Bah! ¿quién viene a molestarnos?... ¡Ah! es el Rey; le conozco en el paso.

—¿El Rey, señora? — exclamé, poniéndome en pie. — Ya habrá comprendido Vuestra Majestad que estoy poco al corriente en asuntos de etiqueta. ¿Qué debo hacer?

—¡Cómo!... debe usted permanecer aquí. Por otra parte, Su Majestad no me hace nunca visitas demasiado largas.

En aquel momento se abrió la puerta para dar paso al Rey, que entró precipitadamente.

Por fortuna, la Reina me había prevenido, diciéndome que *conocía al Rey por sus pasos*; porque, a la verdad, no

le hubiese yo reconocido en aquella especie de campesino que invadía las habitaciones de María Carolina.

Figúrense un hombre todavía joven, de alta estatura, bien proporcionado, aunque tenía demasiado desarrollados pies y manos, calzado con zapatos de caza y grandes polainas de cuero, vestido con un chaleco de piel de gamo, chaqueta y calzones de terciopelo, de tez curtida, barba y frente salientes, enorme nariz, que le daba el aspecto, no de un águila, sino de un papagayo; llevando en la mano y cogidas por las patas tres pavas que se movían vivamente; añadan a eso unos ademanes comunes y un acento vulgar, y tendrán una idea de lo que era el rey Fernando IV.

—¡Ah, Dios mío! — dijo la Reina. — ¿Qué le pasa, señor? Estoy acostumbrada a verle regresar de caza; pero hoy paréceme que sale Vuestra Majestad de un gallinero.

—¡Ah! mi querida maestra — dijo Fernando; éste era el nombre que daba a su mujer en sus ratos de buen humor, en atención a que ella había sido su maestra de lectura y escritura. — Me decís siempre que si no fuese Rey no sabría ganarme la vida. Pues bien, estas tres pavas os probarán lo contrario.

—Ya las veo.

—Hacedme el favor de tocarlas.

—Las he tocado.

—También usted, milady.

Y me las presentó. Yo no sabía qué hacer.

—¡Tiente, tiente! — dijo. — Toda vez que usted comerá de ellas, no está de más que se asegure de que están gordas. Espero que sir Guillermo vendrá a comer.

—Tendrá el honor de acudir a la invitación de Vuestra Majestad.

—Y hará muy bien, pues comerá pavas ganadas por mí.

—Pero, en fin, señor — dijo la Reina con impaciencia, — acabad la historia de estas malhadadas aves.

—¡Ah! decid mejor la mía, pues está íntimamente ligada a la suya, en términos que no deben separarse la una de la otra. Imaginad que yo me pa-